

misma súplica, caballero, me dijo: así, pues, á caballo, á caballo.

Era inútil discutir en aquel momento con el gaucho; valia mas, fingiendo ayudarlo en sus proyectos de venganza, aprovechar la ocasion de salvar al que amenazaban, si nos era posible. Corrimos, pues, á ensillar nuestros caballos, y en pocos minutos estuvimos dispuestos para una excursion nocturna hácia la cabaña de Saturnino. En el momento de montar á caballo ví al gaucho que, ademas de la reata atada en las ancas del caballo, se ceñia el cuerpo con una correa de cuero, dividida en tres ramales, de los que dos eran del mismo tamaño. Cada uno de los tres ramales tenia en la punta una bola formada de cuero, del tamaño de una naranja. Era el arma del gaucho, mas formidable que la reata. Antes de alejarme con mis dos compañeros, dirigí la última mirada al interior de la cabaña; la madre y la mas jóven de las hijas, sollozaban en un rincon de la pieza comun, y á algunos pasos de distancia estaba Florencia acurrucada, cubierta la cabeza con su *rebozo*.

En primer lugar, dirigimos nuestros caballos al puente de bejuco: estaba desierto como yo lo habia dejado, despues de haber dirigido una mirada á su derredor,

Cristino se apeó precipitadamente del caballo, y se inclinó para examinar las huellas; saltó en seguida el puente, y fué á continuar al otro lado sus investigaciones. El capitan y yo aguardamos el resultado de sus pasos, sin dirigirnos una sola palabra, y como el tiempo avanzaba, eché pié á tierra. Nunca habia visto, sino con grandísimo interes, á los indios y á los mestizos del Nuevo-Mundo, interrogar á la tierra, como á un libro misterioso. Marché, pues, á reunirme con el gaucho. Repentinamente mis ojos, que fijos en él, se hallaban naturalmente inclinados al suelo, se fijaron en un ramillete, que solo habia podido olvidar en aquel lugar, una de las mas coquetas y bonitas muchachas del pueblo. El ramillete estaba formado de flores silvestres, atadas por una rama de *zinticle* (1) aromático. Mi primer pensamiento fué, que aquel indicio podia tener algun valor en las circunstancias en que nos encontrábamos, y volví al lado del capitan, que nos esperaba pacientemente á la entrada del puente.

—Mire vd. lo que acabo de encontrar, le dije.

[1] Especie de junco, cuya raiz da, por su infusión en el agua, un olor suave y agradable, que sirve para perfumar la ropa blanca.

--¡Un ramillete! Sin duda es un mensaje simbólico para Florencia; es preciso, á toda costa, entregárselo.

Lo mas difícil era ejecutar aquel proyecto, en llamar la atención de Cristino, y yo iba á lanzarme á pié á la cabaña, cuando, terminando su exámen, el gaucho exclamó:

—¡A caballo! ya sé ahora hácia qué punto debemos dirigirnos.

El chileno pasó el puente, montó á caballo, y tomó la delantera al galope; felizmente siguió la dirección de su cabaña. La única calle del pueblo que atravesamos, se hallaba sumergida en una completa oscuridad. Algunos curiosos, adivinando tal vez la causa de las idas y venidas de Cristino, aparecían en las puertas de las cabañas. Silencioso el gaucho, ni siquiera saludaba á sus vecinos, y continuaba su carrera en medio de los ladridos de los perros. El capitán y yo, muy contrariados de andar tras las aventuras, en lugar de cenar, no hablábamos una palabra. Solo en una cabaña no dormían; y aun había luz; en la de Florencia. Mis dos compañeros pasaron por delante de la cabaña como un huracán; conteniendo ligeramente mi caballo, tuve tiempo para arrojar el ramillete por la puerta abierta,

á los piés de la persona á quien lo creía destinado, sin que ninguno me hubiese visto. Observé á la jóven, que se estremeció, al recojer las flores simbólicas, y proseguí mi camino al galope.

Después de haber dejado á nuestras espaldas el pueblecillo de Palos Mulatos, nos internamos en un sendero, que bajo los arcos de verdura de que estaba cubierto, habría parecido sombrío como un subterráneo, si la luna no hubiese logrado deslizar algunos rayos, por entre los raros intersticios de las ramas entrelazadas. Caminábamos por el centro de un bosque vírgen. Algunas veces galopando detrás del gaucho, nos veíamos obligados, á inclinarnos sobre la silla, para salir de aquella vejetación parásita, que por todas partes nos envolvía. Los enormes abanicos de las palmeras, obstruían á cada paso nuestro camino. En la tierra blanda y esponjosa de la vereda, el paso de nuestros caballos no producía el menor ruido, respetando las nocturnas armonías de aquellos bosques espléndidos. Al cabo de media hora de galope, dimos vuelta repentinamente á la izquierda por un sendero mas estrecho, que atravesaba la primera vereda, y que nos condujo á una cabaña pequeña, vivamente iluminada por

la luz de la luna. Gigantescos nopales extendía sobre el techo de la cabaña, como verdes persianas, sus abanicos de pencas agudás. El gaucha arremetió impetuosamente su caballo hácia la cabaña.

—Aquí vive, nos dijo, el hombre que conoce mejor estos bosques; él solo puede decirnos en dónde debemos buscar á Saturnino. ¡Hola! Berrendo; ¿duerme vd?

Nadie respondió, y el chileno impaciente dió rudamente algunos golpes con el puño de su espada á la débil pared de carrizos. A los redoblados golpes que se sucedían, respondió al fin un hombre:

—¿Quién me llama! ¿qué ruido es ese?

—Yo soy.

—¿Quién es vd? preguntó la voz.

—Cristino Vergara.

Oímos abrir la puerta, y un hombre de un rostro no menos feroz que el del chileno, apareció en el umbral. Aquel hombre de talle elevado, era flaco, nervioso y fuerte como uno de esos bejuco que es difícil cortar con el hacha; en su rostro tostado, en sus facciones movibles, se notaba una mezcla singular de audacia, de bondad y de ironía. Como verdadero cazador mexicano, siempre dispuesto á abandonar su lecho de césped para seguir la pista de un ciervo, ó de un jaguar, el há-

bitante de la cabaña dormía vestido, con su traje de cuero leonado, que se componía de una chaqueta y un pantalon, muy ajustado en la cintura. Permaneció un momento inmóvil en el umbral de su cabaña, y dirigió sucesivamente sus miradas á cada uno de nosotros, como interrogándonos. Parecía que aguardaba nuestras preguntas; Vergara fué el primero que rompió el silencio.

—¿Está Saturnino en el *Palmar*? preguntó el gaucha.

—Debe estar; ¿por qué me lo pregunta vd? ¿crees Cristino Vergara, que el hijo de Vallejo está demas en el mundo?

—Sí.

Esta lacónica y terrible contestacion, no pareció sorprender á Berrendo.

—Pues bien, añadió, la noche será buena para vd., Cristino. Tal vez mañana habrán caído en la red dos enemigos, en lugar de uno.

—¿Qué quiere vd. decir?

—¿Recuerda vd. un oficial español, que fué su prisionero, y que se llamaba Villaseñor? preguntó Berrendo.

Castaños y el chileno se dirigieron una mirada de inteligencia.

—Sí, contestó Vergara, ¿y qué?

—Estaba yo hace una hora en la lagu-

na de la Cruz, dijo Berrendo; espiaba yo la llegada de un ciervo que habia inútilmente perseguido, cuando un ginete se acercó á la laguna para dar agua á su caballo. Juzgué á propósito observar aquel hombre antes de presentarme á su vista, y lo ví que acometió al caballo dentro del agua, y á pocos momentos se detuvo á la orilla. Quitóse el sombrero de paja, como para aspirar con mas comodidad las frescas emanaciones del lago, y entonces fué cuando reconocí, á pesar de su espesa cabellera blanca, á aquel condenado español, cuyas facciones no se borrarán jamas de mi memoria. Mi primer movimiento fué preparar mi carabina.

--Su primer movimiento de vd. fué bueno, ¡caramba! ¿cuál fué el segundo?

--Reflexioné que tal vez no estaria solo el ginete, y que el estallido de la carabina podria atraer á sus compañeros. Recurrí entonces á un medio que siempre me ha producido buenos resultados cuando he querido sorprender á un enemigo, sin gastar mi pólvora.

--Ya adivino, interrumpió Cristino; hizo vd. una quemada (1).

[1] Uno de esos incendios, que los cazadores mexicanos, no temen causar, cuando no tienen otros medios de apoderarse de su presa.--N. del A

--Sí, y buena. Prendí fuego á las cuatro esquinas del bosque, alrededor del estanque de la Cruz. Lo que me decidió á poner en práctica este medio, fué que Villaseñor, despnes de haber dado agua á su caballo, salió de la laguna, echó pié á tierra, y se recostó para dormir debajo de un palmero. Yo le preparé una sorpresa para el momento en que despertara. Mire vd., ¿no percibe el humo que el viento trae de su lado?

--¡Sea en horabuena! respondió Cristino; ya reconozco á mi antiguo camarada. Y bien, capitán Ruperto, ¿qué dice vd. del expediente? Ya estamos libres de Villaseñor; no debemos pensar mas que en Saturnino, que no se nos escapará. Marchemos, pues, al Palmar.

Algunos momentos despues nos hallá-bamos muy lejos de la cabafia del cazador de ciervos, tan experto en los incendios. A poco tiempo llegamos á un lugar donde el camino se estrechaba de tal manera, que fué necesario caminar uno tras otro; y aun así, era tan reducido el paso, que solo podíamos avanzar muy poco á poco. El gaicho marchaba á la cabeza, lo seguia inmediatamente D. Ruperto, y yo cerraba la marcha á corta distancia de mis dos compañeros. En fin, despues de

haber caminado de aquella manera incómoda por algunos instantes, llegamos á una especie de encrucijada, en donde se cruzaban diversas veredas. El gaucho tomó una de ellas, con el fin de examinar algunas huellas que acababa de distinguir, y despues de habernos suplicado que lo esperáramos un momento, no tardó en desaparecer. Habiendo quedado solo con D. Ruperto, aproveché la ocasion para hablarle con franqueza.

—¿Sabe vd., mi querido capitan, le dije, que el papel que nos están haciendo representar es demasiado singular? Yo no sé cómo calificará vd. la accion, á cuyo buen resultado estamos contribuyendo.

—¡Hum! hace veinticinco años que le habria yo dado á esto el nombre de una emboscada; hoy...

—Yo la llamo una alevosía, le contesté interrumpiéndolo. Es evidente que el gancho espera sorprender á ese pobre jóven, como Berrendo sorprende á los animales del bosque. Yo, declaro que no quiero ser el cómplice de un asesinato; digo mas, quiero impedirlo, y cuento con vd. para que me ayude.

—Vd. no obra mal; pero el honor tiene algunas veces exigencias crueles. El gaucho es uno de mis antiguos compañe-

ros de armas: yo no puedo abandonarlo en este momento sin pasar por un cobarde.

Convine con el capitan, que bajo el punto de vista que juzgaba el negocio, tenia razon; pero yo no tenia los mismos motivos que él para resignarme á un papel pasivo, y le pregunté lo que me aconsejaba que hiciese, para impedir que la desagradable aventura en que nos habiamos empeñado tuviera un desenlace trágico.

—Lo que debe vd. hacer es muy sencillo; ese sendero que ve vd. ahí, y por el cual dió vuelta Cristino, conduce, rodeando camino, al Palmar. Sígalo vd. por algunos momentos, apiése vd.; ate su caballo sólidamente á algun árbol; intérnese vd. á pié en el bosque; camine con la luna de frente, y llevando su sombra á la espalda, así no podrá vd. dejar de llegar al Palmar, y si logra vd. hallarse allí antes que nosotros, tanto mejor. Yo disculparé lo mejor que pueda su desaparicion.

Agradecí al capitan sus consejos, y me alejé por el sendero que me habia indicado.

## III.

No es una cosa muy sencilla para un viajero europeo encontrarse solo y fatigado por un día de camino, en medio de los laberintos de un bosque vírgen. Confieso que si en aquella ocasión no hubiese estado en peligro la vida de un hombre, habría prosáicamente tomado el camino por donde había venido, y pedido en alguna cabaña del pueblo de que acababa de salir, una hospitalidad menos expuesta que la del gaucho. Sin embargo, las instrucciones de D. Ruperto eran muy precisas para que temiese extraviarme, suponiendo que mi tentativa fuese infructuosa. Caminé, pues, durante algunos instantes, por el sendero que acababa de tomar, eché pié á tierra, y até mi caballo á un árbol; en seguida, despues de haber cuidadosamente anotado en mi memoria la configuracion del lugar en que me encontraba, coloqué las dos pistolas en mi cinturón y me interné en el bosque, caminando, como me habían recomendado, con la luna de frente.

Semejante recomendacion no era muy fácil de seguir. Apenas podía mi vista pe-

netrar por la cúpula espesa de follage, para ver, de cuando en cuando, el curso de la luna, que nadaba en un cielo admirablemente sereno, en aquel laberinto de bosques. Poco á poco la limpieza de la atmósfera pareció oscurecerse; me parecia que negras nubes atravesaban los aires con sorprendente rapidez, porque no sentia la menor ráfaga de viento. Sin embargo, un reflejo extraño iluminó la bóveda del cielo; aquel reflejo era variado, tan pronto de un color blanco amarillento, como las primeras luces del alba, tan pronto púrpura como los últimos tintes del sol poniente.

Al mismo tiempo me parecia que aquellas mudas soledades se despertaban, oyéndose por todas partes agradables murmullos. Oíanse á lo lejos los de los pájaros, pero no esos gritos con que saludan la vuelta del sol, ni la frescura de la noche, despues de un día ardoroso. Era un clamor discordante, notas confusas, gritos de espanto ó de queja, á los que no tardaron en mezclarse los rugidos de espantos de los chacales y de otros animales feroces del bosque. Momentos de silencio sucedían á aquellos extraños rumores, cuyo origen comenzaba á sospechar, recordando la siniestra advertencia del cazador

de ciervos. Algunos síntomas terribles no me dejaron dudar ya por mas tiempo. Torbellinos de humo negro, en el que aparecian algunas chispas, se balanceaban como penachos sombríos en la oscura bóveda del cielo, y los pájaros azorados, sofocados, volaban por centenares sobre aquellos torbellinos; si no todo, una parte del bosque se hallaba ardiendo, en la direccion que yo seguia. Temiendo encontrarme envuelto en las llamas, me detuve un instante para orientarme de nuevo en un lugar en que la vejetacion, menos espesa, descubria en mi cabeza un pedazo de cielo. El horizonte parecia iluminado por una claridad sangrienta; el disco de la luna aparecia como una mancha pálida, á la que volvia yo la espalda. Caminando en la direccion que el capitán me habia recomendado que siguiese, observé con alegría que dejaba el incendio á mis espaldas. Tranquilo por esta parte, aceleré el paso; pero habia contado sin las dificultades siempre renacientes del camino. Por penoso que fuese abrirse camino en medio de aquella vejetacion poderosa, habia otro obstáculo, con el que no habia contado, y era el número prodigioso de insectos que un sol eterno hace pulular, y que el movimiento de las ramas hacia

caer sobre mí. Cuando sentí sus horribles picaduras, era demasiado tarde para retroceder, porque tenia que andar tanto para volver al punto de partida probablemente, como el que me faltaba para llegar al Palmar, huyendo del incendio.

En fin, con la mayor satisfaccion, observé entre un grupo de palmeras los rayos de la luna, que formaban una cortina blanca de luz en un inmenso espacio, abierto delante de mí: era el punto que iba yo buscando, y que encontré aún desierto. Aquel lugar formaba una vasta elipse, y se parecia á un circo romano. En una de las extremidades de aquella especie de liza, un estanque, cuyas aguas iluminaba la luna, aparecia en un fondo de verdura como un ópalo engarzado en una esmeralda. Tres hileras de palmeras, parecian colocadas al derredor, como un dique para contener la mar de verdura que se estremecia á impulsos del viento. Avidos de aire y de luz, los follages parásitos, escalaban la copa de las palmeras que se plegaban bajo su peso. Como el segador que no puede soportar una gavilla demasiado pesada, las palmeras dejaban caer hasta sus raices la exhuberante vejetacion del bosque. Elevábanse vagos murmullos del seno de aquel verde océano; pa-

recia el susurro de la sávia de aquellos grandes árboles, que habian fecundado millares de estíos, y cuyo curso no habia detenido un solo invierno.

Yo me hallaba en el punto nombrado el Palmar, habitado por la familia del cazador Vallejo. Yo le habia oido á Berrendo afirmar que Saturnino debia estar en su habitacion. Su cabaña se hallaba, pues, en un rincon oculto del Palmar, y situado cerca del estanque. Me apresuré á buscarla, mas para evitar que me viese el gancho, en el caso de que desembocara, tan pronto como yo, en el centro formado por las palmeras, dí vuelta, protegido por la espesa sombra que formaban. Nada observé; sin embargo, creí oir á poca distancia la voz de una muger, que murmuraba una de esas tristes melodías, que se escuchan algunas veces por las noches en los campos, y pocos minutos despues ví, en efecto, en una *butaca* de cuero colocada en el umbral de un jacal, á una anciana sentada, inmóvil, á la luz de la luna. No me vió ella, sin duda, porque no interrumpió su melancólica cancion; era la madre de Saturnino, que esperaba la vuelta de su hijo. Al ruido de mis pasos, la anciana dejó de cantar, en seguida levantó vivamente la cabeza; pero el des-

agrado y el espanto se pintaron en su rostro cuando reconoció á un extranjero en lugar de su hijo.

—No tenga vd. miedo, le dije en el acto; tiene vd. en su presencia á un hombre, que desea librar á Saturnino de un gran peligro.

—¡Virgen Santísima! exclamó la madre. ¿Qué quiere vd. decir? ¿Qué habrá sido devorado Saturnino por el fuego que se distingue allá á lo lejos?

—¿Conoce vd. á Cristino Vergara?

Al oir este nombre, que sin duda tenia muchas razones para no haber olvidado, la anciana hizo la señal de la cruz, con el mayor susto.

—Sí, sí, dijo, hace muchos dias que habriamos abandonado el país, si los jóvenes escuchasen la voz de la razon.

Me apresuré á advertir á la madre de Saturnino, que Cristino debia llegar de un momento á otro.

—Se hace tarde, me respondió, y espero que Saturnino no vuelva esta noche. Dios permita que las llamas intercepten su camino.

Comprendí que el hijo de Vallejo no habia ocultado á su madre su amor á Florencia; la anciana habitante del Palmar, no dejaba de tener confianza en la

proteccion del cielo. Esperaba que Dios protegeria á su hijo. Ademas, Saturnino, lo mismo que Berrendo, era un cazador de profesion, y si no habia vnelto á la cabaña, era porque contaba pasar la noche en persecucion de un animal.

--En todo caso, añadí, Saturnino tiene valor, y ahora que ya está advertido....

--Sí, sin duda, es valiente como nadie, y es por lo que no huirá; pero en cuanto á defenderse contra Cristino, no lo hará. Veinte veces ha tenido la vida del asesino de su familia entre sus manos, cuando espiando á los cabritos, lo veía atravesar esos bosques, sin ser visto, y siempre al recuerdo de la hija ha protegido al padre.

Yo habia logrado el objeto que me habia propuesto, é iba á tomar el camino por donde habia venido, cuando la madre asustada, exclamó.

--¡Jesus María! ahí está.

Y la pobre muger, cuya vista, aunque debilitada por la edad, habia sido mas penetrante que la mia, se torció las manos con angustia. Sin embargo, no fué mas que una emocion momentánea. Recobrando su sangre fria, corrió hácia un caballo atado á una estaca, á poca distancia de la cabaña, y comenzó á ensillarlo precipitadamente.

Mis ojos se dirigieron hácia el lado de las palmeras, en donde la viuda de Vallejo acababa de distinguir á su hijo. Entonces ví perfectamente al cazador, que caminaba con paso firme hácia la cabaña, con toda la confianza y el vigor de la juventud, mientras que la luna reflejaba su luz en el cañon de una carabina que llevaba al hombro; al mismo tiempo observé con la mayor inquietud, que á la sombra de las palmeras, andaba rodando otro individuo. En su elevada estatura, en su espesa cabellera blanca, creí reconocer á aquel Villaseñor, cuyo retrato me habia hecho minuciosamente el capitan Castaños. La figura del nocturno rondador, no hizo mas que aparecerse, como uno de esos fantasmas que crean los sueños. Despues de haber dado algunos pasos en el espacio abierto, el desconocido retrocedió y penetró bruscamente en el bosque. Mientras que observaba sucesivamente á Saturnino y el bosque de palmas, en donde el individuo sospechoso habia probablemente buscado un abrigo, el incendio causado por Berrendo, redoblabá con violencia, y por intervalos los ecos repetían los mugidos de los toros montarase y los bramidos de los chacales que huían azorados á la vista de las llamas.

En el momento en que Saturnino llegaba á la cabaña, la madre concluía de ensillar el caballo; corrió al encuentro de su hijo, lo oprimió contra su pecho, y la oí que murmuraba una fervorosa oracion. Los momentos eran preciosos, y yo me preguntaba cómo el vengativo é impetuoso gaucho no habia llegado aún. Solo explicaban su retardo las llamas que sin duda lo habian obligado á rodear. El jóven se desprendió suavemente de los brazos de su madre, y sordo á sus súplicas, se adelantó á mi encuentro. Un asombro visible, pero sin la menor mezcla de espanto, se leía en las facciones del hijo de Vallejo, en las que descubrí, con un tinte de melancolía, aquella expresion de orgullo y de contenida exaltacion, que me habia llamado la atencion en Florencia.

—Habia entre Cristino y yo, exclamó, una trégua tácita, ¿quién ha podido romperla tan repentinamente?

—Su hija, le contesté.

Al oír estas palabras, el jóven no pudo dominar una violenta emocion. Se acercó á mí estremeciéndose, y yo me apresuré á decirle en pocas palabras, porque á cada momento temblaba yo temiendo llegase al gaucho el mensaje de que habia sido portador, la respuesta que habia yo

llevado á Florencia, sus accesos de celos, y la revelacion que en consecuencia habia hecho.

—¿Por qué, dijo Saturnino, que parecia oprimido bajo el peso de un espantoso dolor, por qué se incomodó al haberme separado del puente sin esperarlo? ¿no me hizo señas de que me alejase? El haber obedecido sus órdenes es el crimen que quiere castigar con la muerte. ¡No, no, ella no me ama!

Yo pensaba de muy diversa manera, y por lo mismo me esforcé en convencerlo, aunque en vano, cuando llegó su madre á interrumpirnos. Llevaba el caballo de su hijo. La pobre muger dirigia sus miradas por todas partes con el mayor espanto, temiendo ver aparecer al hombre que amenazaba la vida de Saturnino, y le rogaba en nombre de todos los santos del cielo que montase á caballo y se alejara. Saturnino permanecia inmóvil.

—¿Para qué? dijo. ¿De qué me sirve ahora la existencia?

Uní mis instancias á las de su madre; trabajo inútil, el jóven no nos escuchaba. Su mano jugaba maquinalmente con la llave de su carabina; poco despues, como si hubiese renunciado á disputar su vida, abrió la cazoleta, y dejó caer la ceba; en

seguida arrojó la carabina á lo lejos, con el cuerno que contenia la pólvora. Sin embargo, el instinto de la vida que se adormece algunas veces, pero que raras ocasiones muere en el corazon del hombre, pareció recobrar por un momento algun imperio en Saturnino. Colocó el pié en el ancho estribo de madera que pendia de la silla del caballo; pero lo soltó al momento. Dirigió una mirada con satisfaccion á aquel caballo, que en un instante podia colocar entre él y la muerte un espacio invencible. Mas en el acto dominó este último movimiento de debilidad. Saturnino arrojó al lado de su carabina el *machete* que pendia de su cintura. Desde aquel momento el instinto de la vida, el terror natural de la muerte, se extinguieron ante una inmutable resolucion, que no pudieron vencer ni los gritos de su madre, ni mis reconvenciones.

Corria el tiempo, y el jóven cazador, con la mano en la crin de su caballo, permanecía inmóvil. Repentinamente lo ví estremecerse, como si hubiese recibido un choque eléctrico. Parecia que ese magnetismo inesplicable que ejerce algunas veces el amor, le traia una misteriosa advertencia. En el propio instante, y casi detras de nosotros, abrióse la pared de

verdura, y apareció Florencia á nuestra vista á la luz de la luna, y pálida como una muerta escapada del sepulcro; su vestido estaba descompuesto, destrozado por los cardos, cuyas flores detenian las matas de sus tupidos cabellos; algunas gotas de sangre teñian su seno y sus hombros, y la jóven solo pudo lanzarse azorada en los brazos de Saturnino. Al grito que arrojó, en las llamas que brillaban en sus ojos, era fácil ver que el amor de la vida invadia el corazon del cazador, como las olas mucho tiempo contenidas por un dique invencible.

—¡Bendito sea Dios que he llegado á tiempo! dijo al fin Florencia. Saturnino, yo deseaba tu muerte, porque te creí infiel, ahora sé...

Y la jóven sacó de su seno un ramillete (reconoció el que yo le habia arrojado al pasar) que oprimió contra sus lábios con delirio.

—Saturnino, añadió precipitamente tomando el brazo del jóven, quiero que vivas; este ramillete me ha vuelto á la vida. Este blanco *floripondio* me indica que yo soy la mas bella á tus ojos; estas flores rojas me han manifestado que, para tí, la rival que las llevaba, no es mas que un pretexto para disculpar tu presencia cer-

ca de nuestra cabaña; estas flores me indican tus tormentos. Sí, ya lo sé todo ahora; me lo ha revelado este pedazo de *cintule*; sé que me amas.... Pero ¿qué aguardas? Va á llegar mi padre; ¿esperas obtener su perdon, por haber amado á su hija? No cuentes con él. En un momento en que yo queria morir contigo, dije á mi padre que yo te pertenecia.... que te habias burlado del honor de su hija; mentí; en un momento de delirio, quise tu muerte y la mia. ¿Quieres huir ahora?

En aquel momento llegaban Cristino y Castaños; pero Saturnino, pasando de la desesperacion á una alegría febril, habia rodeado con sus brazos el cuerpo flexible y esbelto de Florencia, y la habia colocado en la silla del caballo, que partió como una saeta, llevándose á la jóven y al cazador desarmado. El gaicho, seguido del capitan, se lanzó en su persecucion.

—¡Deténgase vd., capitan! grité á Castaños; deje vd. al menos que la partida sea igual.

El antiguo guerrillero al oír mi voz se detuvo; pero no hizo lo mismo el gaicho. Para salvar la distancia que lo separaba del objeto de su odio, arrojó su lazo, que cayó dando vuelta sobre los dos fugitivos.

Saturnino, oprimido por el nudo corredizo, hizo un esfuerzo sobrehumano para contener su caballo, cuyas patas traseras rayaron la tierra, y en el momento en que el trazo vigoroso del gaicho iba á arrancarlo de la silla, el jóven sacó su puñal, única arma que le quedaba, y en un momento cortó el lazo. No pude contener un grito de alegría. Saturnino volaba de nuevo por el llanito, conduciendo á Florencia desmayada. Los dos fugitivos se hallaban á corta distancia uno de los senderos que partian del centro del Palmar. El gaicho corria en su persecucion, silencioso é implacable. Entonces ví que desenredaba de la cintura la correa del cuero, que tomó con la mano una de las balas y que daba vuelta á las otras dos sobre su cabeza, y lo oimos que cantaba estos versos:

De mi lazo escaparás,

Pero de las balas.... ¡cuándo!

Pocos minutos despues supe su significado. Las balas salieron chiflando de las manos del gaicho y se enredaron en las patas del animal, que yendo á escape, cayó al suelo en el acto. En dos brincos, el gaicho se encontró á la espalda de su hija desmayada, detras del cazador des-

montado. Nada podía salvar á una de las dos víctimas, cuando un tiro resonó á la entrada del sendero que los fugitivos habían querido seguir: en el momento cayó el gancho, quedando todo sepultado en un profundo silencio.

Entonces el capitán Castaños se lanzó impetuosamente en la dirección en que había sonado el tiro; pero se detuvo repentinamente y volvió hácia mí.

—En verdad, dijo con sombría resignación, yo no tengo derecho para castigar á Villaseñor; Dios ha permitido que ese hombre se vengase.

—Partamos al momento, dije á D. Ruperto, señalándole detrás de Florencia, inclinada sobre el cadáver de su padre, á Saturnino y á su madre, silenciosos y arrodillados. A Dios solo es á quien pertenece ahora consolar los dolores que dejamos ahí.

—No, tengo que cumplir un deber; yo soy la causa inocente de la muerte de Cristino, y á mí me corresponde llevar esta triste noticia á la vinda del que era mi amigo, antes de ser mi huésped. En cuanto á vd., no le rehusaré Berrendo la hospitalidad por tres ó cuatro días en su cabaña, suplicándoselo yo.

Castaños me condujo en silencio, hasta el lugar en que se hallaba atado á un árbol mi caballo, el cual, asustado con el fuego, que iba ya disminuyendo, trataba en vano de romper la reata que lo contenía. De allí nos dirigimos á la cabaña de Berrendo, á quien comunicamos la muerte del gancho. El cazador de ciervos, consintió voluntariamente en recibirme en su jacal. Iba, pues, á estudiar durante algunos días la vida ruda y solitaria de los cazadores de México; pero estaba lejos de quejarme de la circunstancia que me permitía conocer perfectamente las costumbres de una comarca tan nueva para mí.

Trascurrieron cuatro días sin que hubiese vuelto á ver al capitán. El incendio que se había concentrado en un sendero bastante ancho alrededor de la laguna de la Cruz, no tardó en extinguirse. Durante cuatro días, acompañé á Berrendo á la caza. Como era un tirador muy mediano, mataba yo pocos animales, pero me indemnizaba de este disgusto con el imponente espectáculo de una naturaleza vírgen. Lo que distingue los bosques de México es, que los árboles venenosos crecen en abundancia. Se encuentra á cada paso el *palo mulato*, de tronco escarpado